



Vilma Amparo Gómez Pava\*

## Yiredo\*\* : Florista de selva



Esta no es una historia ficticia, es la historia de Yiredo, niña de estampa delgada y mirada profunda. Es un testimonio de la fuerza con que ellas, las niñas indígenas, resisten y persisten al límite de su propio aliento. Yiredo vive porque sus pulmones se aferraron a la vida una noche cualquiera bajo un puente de madera de los varrios que circundan el municipio de Mitú. Su rescate, por quien aún sigue acompañándola a crecer, es otra historia. La breve historia que aquí narro es la que ella, en un lenguaje no verbal, me ha permitido conocer. Verla y caminar a su lado

es atestiguar cómo entre el espanto y la ternura se puede vivir aun cuando quienes la concibieron hubiesen decretado lo contrario.

A la margen del río Vaupés crece una pequeña florista. Recoger las flores de la vereda entre su casa y las de su vecino preferido, o entre su casa y Caño Sangre, es un gesto cotidiano. Su madre, que poco o nada ha compartido sus días, es Carapana. Su padre, sabe la mismísima boa ancestral dónde andará. Ella, que ya cumple siete, vive entre sus hermanos, su tía y su abuela. Algunos años va corrido a la escuela, otros no. Depende de si hay para el uniforme, los zapatos, los cuadernos... Está siempre con un grito atravesado en su garganta. Revolotea por el barrio como una mariposa que en momentos de quietud posa sus manos sobre el papel y dibuja. Casi siempre

\* Licenciada en Filología e Idiomas de la Universidad Nacional de Colombia. Actual presidenta de Defensa de Niñas y Niños Internacional DNI-Colombia y coordinadora del proyecto "Las Hijas del Sol" que desarrolla DNI-Colombia en el municipio de Mitú-Vaupés.

\*\* El nombre real de la protagonista de la historia ha sido cambiado en observancia a los derechos de la niñez.

sus dibujos son mujeres de vestidos vistosos, de boquitas pintadas de rojo y de flores por doquier. Ella quiere florecer. Su madre va yéndose de a poco en la sala de un albergue cualquiera lejos de la espesura de la selva, de la lengua vital en la que creció, de la base de los soldados que pagan con miserableza un rato de solaz. La pequeña dibuja incansablemente una mujer florecida. Una fiesta con sus hermanos y las mujeres adultas entre las que han crecido, es decir, su abuela, su tía. Y la mujer florecida ¿es aquella en la que quiere devenir?, ¿aquella que no halla entre las calles lluviosas? ¿Y las bocas pintadas de rojo? Tal vez la expresión del amor ausente, del amor delirante, del amor que no se le da. ¿A qué una mano

extendida? Tal vez aquella de la mamá refugio, de la madre apoyo, de la mujer que la vio nacer y que la dejó estar ahí, en medio de la selva que prodiga color, belleza y silencio. Aquella que le trae imágenes de mujeres caderonas, elegantes, pasajeras, soñadas en noches de vía láctea y de músicas quedas que a lo lejos se filtran por entre las chontas que encierran su vivienda sencilla. La niña se acerca con ternura a todo. Sus movimientos gráciles y ágiles la traen una y otra vez por entre un corredor, atravesando un puente de madera, envolviéndose entre las plantas de flores. Sus manos lo dicen todo. Aquí estoy, aquí voy, aquí vengo, aquí están las flores de mi jardín inmenso, de esta selva en la que sin ustedes no sobreviviré.